



“Deshecho el hogar del trabajo”: El espíritu del Centro de Estudios Históricos en la posguerra

Mario Pedrazuela Fuentes¹

Recibido: 6 de marzo de 2017 / Aceptado: 4 de octubre de 2017

Resumen. Menéndez Pidal le habla a Amado Alonso, en una carta de 1939, cuando la guerra había finalizado, del “deshecho hogar del trabajo”, en referencia al Centro de Estudios Históricos. La guerra había acabado con el grupo de filólogos que trabajaron en aquel centro levantando los cimientos de la filología española. En la posguerra, son varios los jóvenes filólogos, en él formados, que tratan de mantener su espíritu durante los años de la dictadura franquista. Entre ellos encontramos a Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya, Alonso Zamora Vicente.

Palabras clave: Centro de Estudios Históricos; posguerra española; filología románica; Ramón Menéndez Pidal; Alonso Zamora Vicente.

[en] “Deshecho el hogar del trabajo”: The spirit of the Center for Historical Studies in the postwar period

Abstract. In a letter of 1939, when the Spanish Civil War had already finished, Menéndez Pidal tells Amado Alonso how he regrets the way “el hogar de trabajo”, that took a great effort and work to found, has been destroyed, in reference to the Center for Historical Studies (Centro de Estudios Históricos). The war had dissolved the group of philologists who lay the foundations of Spanish Philology. During the Spanish post-war period, several young philologists trained in this Center will try to keep the spirit of this institution alive during the decades of the Franco dictatorship, among which were Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya and Alonso Zamora Vicente.

Keywords: Centro de Estudios Históricos; Spanish postwar period; Romance Philology; Ramón Menéndez Pidal; Alonso Zamora Vicente.

Sumario: 1. Introducción; 2. El Centro de Estudios Históricos; 3. Panorama intelectual de la posguerra en España; 3.1. El espíritu del Centro de Estudios Históricos y sus integrantes; 3.1.1. Alonso Zamora Vicente y el Centro de Estudios Históricos 4. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Pedrazuela Fuentes, M. (2017). “Deshecho el hogar del trabajo”: El espíritu del Centro de Estudios Históricos en la posguerra, en *Revista de Filología Románica* 34 Número Especial, 49-59.

¹ Nuevo Diccionario Histórico del Español (Centro de Estudios de la RAE)
E-mail: adamevas@gmail.com

1. Introducción

En una carta de 18 de marzo de 1939, Menéndez Pidal le escribía a Buenos Aires a Amado Alonso “bien comprende usted la enorme amargura que es para mí ver al fin de mis días *deshecho el hogar de trabajo* que formamos con tanta dificultad” (Menéndez Pidal 1939). Se refería don Ramón a aquel Centro de Estudios Históricos que él fundó en 1910.

En los veintiséis años que duró el Centro cuatro fueron las secciones que lo sustentaron: Filología, Arte, Arqueología e Historia del Derecho. Tal vez debido a la figura de Ramón Menéndez Pidal que dirigió el Centro desde su creación, la sección de Filología se convirtió en la de mayor relevancia: fue la que mayor número de colaboradores dispuso y la que más proyectos y publicaciones llevó a cabo. Las investigaciones lingüísticas que se habían hecho en España a lo largo del siglo XIX y, en general, en cualquier rama del conocimiento, se hacían de forma aislada, por un erudito que, desde su cátedra universitaria, se dedicaba a estudiar un tema, casi siempre de forma amplia y general. De esta forma, la ciencia en España a principios de siglo dependía de la capacidad creadora o del impulso aislado de un espíritu individual, como fue el caso de Santiago Ramón y Cajal, y no de un grupo organizado que siguiera una metodología establecida y que contara con el apoyo de la sociedad.

2. El Centro de Estudios Históricos

Con la fundación del Centro de Estudios Históricos se perseguía llevar a cabo una ciencia en grupo, realizada por especialistas que trabajaran de forma conjunta. Esto supuso el nacimiento en las humanidades de la figura del especialista, del investigador, del filólogo que ya no se limita a dar clases en la universidad o en los institutos (aunque todavía en los primeros años tendrá que ser así), sino que podía vivir a partir de sus investigaciones, con lo que se profesionaliza la figura del investigador en filología y en otras ramas de las humanidades. Hasta ese momento, los estudios lingüísticos que se hacían en España tenían un carácter poético o artístico, como decía Dámaso Alonso; se trataba de una filología intuitiva y de erudición acumulativa. Frente a este sistema, en el Centro de Estudios Históricos se impuso una forma de trabajo basada en el rigor, en el estudio científico de los datos, en la reflexión y por tanto en la inducción, en el análisis filológico exigente y en una investigación histórica y minuciosa a partir del conocimiento profundo de las fuentes. Se quería sustituir la retórica tradicional repleta de lugares comunes por la claridad y el rigor.

La creación de un equipo unido a la metodología utilizada y a la ausencia de investigaciones anteriores facilitaron que se formara, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, lo que se ha conocido como Escuela de Madrid, un grupo de filólogos con ganas de trabajar y de otorgar a la filología española su verdadera esencia. Sin embargo, don Ramón no impuso su doctrina sino que estuvo abierto a nuevas corrientes científicas y a nuevos campos de trabajo que sus colaboradores iban descubriendo. En los primeros años del Centro de Estudios Históricos la influencia neogramática estaba muy presente, pues era el método que les facultaba abordar un proyecto de la magnitud que se habían previsto. La aplicación de este método les permitía hacer acopio de la mayor cantidad de documentos sobre las primeras manifestaciones de la lengua y la

literatura castellana que hasta aquel momento acumulaban polvo en archivos episcopales y en ayuntamientos, para después exponerla de forma detallada y ordenada mostrando las conclusiones evidentes que dicho material ofrecía. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo comienzan a acompañar las descripciones con opiniones u observaciones de tipo teórico que les permiten explicar posibles situaciones que se produjeron a tenor de la información recopilada, dando así cabida también al idealismo lingüístico que por aquellos años defendían Vossler o Corce.

Los filólogos del Centro de Estudios Históricos buscaron en la Edad Media la esencia del pueblo español, de igual manera que los filólogos de otros países habían encontrado en sus primeras manifestaciones literarias la identidad nacional. En las raíces históricas, literarias y lingüísticas españolas, encontraron las razones para combatir el pesimismo finisecular dominante entonces y mostrar la grandeza histórica y cultural de nuestro país. Para llevar a cabo este plan de recuperación de la estima identitaria española y de la conciencia colectiva del pasado, el grupo de filólogos del Centro de Estudios Históricos basó su trabajo en el estudio de la poesía tradicional, a la que otorga valor histórico, y del hecho lingüístico en las circunstancias en que fue creado. Un concepto fundamental para ellos fue el de tradicionalidad, mediante el cual pretendía demostrar la existencia en España de una épica nacional y original, al igual que existe en países vecinos como Francia, que otorgara a la sociedad española, en una situación de profunda crisis, una conciencia nacional histórica equiparable a la de otros países europeos.

Pero la guerra civil acabó con esta generación de filólogos que situaron a la filología española a la vanguardia de la europea. Algunos murieron, otros marcharon al exilio, como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, José Fernández Montesinos, Pedro Salinas, entre otros. Desde Buenos Aires, Amado Alonso le escribe preocupado por la situación de los colaboradores, del Centro y de la nueva situación en la que va a quedar la ciencia filológica en España con los nuevos vencedores:

La guerra se acaba, quizá ya esté acabada cuando usted reciba esta carta. ¿Qué será de Navarro Tomás? Si no consigue salir, lo llevarán a un campo de concentración o lo fusilarán. Dámaso podrá quedar tranquilo. No sé de Iglesias, Lapesa y demás jóvenes. Pero Américo, Montesinos, Onís, Salinas y yo, no podremos nunca más ni volver a España ni escribir para ella. (¿Qué será de Gili Gaya?) ¡Qué cataclismo! La *RFE*, como todo lo de la Junta, que cuenta con el odio explícito de los vencedores (¡Pedro Sainz Rodríguez!) no podrá seguir publicándose. Primero porque la prohibirán, y segundo, porque si no la prohíben nos prohibirán a los que la podríamos seguir haciendo (Catalán 2001:188-189)².

Don Ramón le contesta con una actitud conciliadora. Cansado de los continuos enfrentamientos que los españoles habían tenido durante tanto tiempo, Menéndez Pidal piensa, desde la independencia política que debe tener la cultura, que ahora es el momento de no fomentar la revancha y que la época que les va a tocar vivir cambiará. El antiguo director del CEH quería evitar que un grupo de excelentes investigadores que habían trabajado durante muchos años codo con codo se viera ahora

² Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal, desde Buenos Aires, 8 de marzo de 1939, conservada en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, en Madrid.

enfrentado por discrepancias de tipo político, y sus palabras siempre trataron de animar la reconciliación de viejos camaradas³:

Bien comprende usted la enorme amargura que es para mí ver al fin de mis días deshecho el hogar de trabajo que formamos con tanta dificultad. Es el recuerdo mortificador que martillea en todos los momentos de añoranza, y mi único pensamiento obsesionante es la pacificación espiritual, empezando por la neutralidad de la cultura que siempre defendimos en la Junta y que puede ser el primer paso para que los españoles dejemos en segundo término la división de derechas e izquierdas por la que tan desastrosa como infundadamente reñimos hace siglos, y nos vamos en abarcar, uno tras otro, los graves problemas concretos que el país necesita ir resolviendo penosamente. Usted me recuerda el odio explícito contra la Junta. Piense usted que los vientos que forman toda borrasca giran con regularidad en redondo y cambian completamente. Cambiarán estos. Habla usted herido como es natural por recientes sucesos; esos sucesos son naturales en el periodo de gran acritud presente; pasado algún tiempo serán incomprensibles. Yo agradecería infinito a usted, y a los demás amigos, si quieren no amargarme más de lo que estoy (como espero de su bondad que querrán) que no hagan nada que dificulte la pacificación ¿Qué se pierde con no estorbarla? ¿Y qué se gana con satisfacer la cólera o la indignación del momento? Ayude usted siempre a mi esperanza en vez de quebrantarlos y crea que algo se conseguirá (Menéndez Pidal 1939).

Don Ramón, tras pasar fuera la guerra civil, regresa en 1939 a su casa de Charmartín en donde se recluye, apartado de la universidad y de la Real Academia (ocupará de nuevo el cargo de director en 1947), para continuar trabajando en sus proyectos, sobre todo en la historia de la lengua española. Junto a él, un grupo de jóvenes filólogos, alumnos suyos en la universidad y colaboradores en el Centro, van a ser los encargados de mantener aquel espíritu. Nos referimos a Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya, Alonso Zamora Vicente, entre otros.

3. Panorama intelectual de la posguerra en España

En aquella España de los años cuarenta y cincuenta, en el ámbito de la ciencia y de la educación, encontramos, por un lado, a aquellos que defendían a capa y espada el nuevo régimen dictatorial. Formaban parte de este grupo convencidos falangistas que se posicionaron desde el principio al lado del levantamiento y que ahora eran recompensados con relevantes cargos, a los cuales, quizá por su capacidad intelectual, nunca habrían accedido; y por jóvenes que se habían sumado al carro de los triunfadores a fin de

³ Sobre sus antiguos colaboradores, le escribe don Ramón a García Solalinde y a su esposa, Jesusa: “Mucho me hubiera gustado hablar con usted, Jesusa. En España lo haremos algún día, ¡Pobre España!, pero tengo fe en la pronta mejoría de sus calamidades. Siempre temo que nuestro pequeño foco de cultura, con tantos afanes creado, quedará muy en crisis. El CEH parece condenado a disolverse. Navarro, que nunca actuó en política, se está solidarizando, sin embargo, con el gobierno de Valencia que, como este no triunfe, tendrá que emigrar. Castro en la Argentina. Tanto empeño por aunar nuestros esfuerzos y ahora todo deshecho. Estaba acabándose casi el Atlas Lingüístico, y los colaboradores que trabajaban en Portugal fueron detenidos y presos; estoy gestionando su libertad, y el poner a salvo los cuadernos de apuntes. Estaba yo imprimiendo el 1º tomo de Epopeya y Romancero y todo acaso haya sido destruido en la imprenta Hernando que creo ha sufrido mucho. No sigamos en lamentos” (Menéndez Pidal 1937).

encontrar estabilidad profesional y de poder ascender socialmente. Unos y otros ocupaban, en esos años, las cátedras en las universidades, dirigían los institutos de investigación, publicaban en las revistas afines al régimen, etc. Junto a ellos estaban los que habían apoyado la sublevación e incluso la habían dotado de un contenido intelectual del que carecía. Ahora, desengañados porque sus sueños falangistas habían sido superados por un catolicismo a ultranza, se alejaban de los triunfadores. Aunque respetados aún en sus cargos, intentaban introducir en la vida cultural española un suave viento de libertad, puesto que se habían dado cuenta de la España que existía antes de la guerra. Eran Dionisio Ridruejo, apartado desde su regreso de Rusia, Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar, por citar a los más destacados. Desde sus cargos y desde el respeto que tenían dentro del régimen fueron los que más pudieron hacer por recuperar aquella España derrotada y perdida. En tierra de nadie se encontraban, por último, aquellos derrotados que no habían podido o no habían querido marcharse de su país. Hombres que se habían formado en los años de la República y que ahora, ante la nueva situación, intentaban, tímidamente, continuar la labor que sus viejos maestros –muchos exiliados, algunos muertos– les habían inculcado. Ellos eran el débil puente entre dos abismos: una España pionera en el campo científico y otra encorsetada en unos principios anacrónicos que la reducían a la nada, empeñados en recuperar el árido panorama cultural de la España de Fernando VII. En ellos estaba depositada la confianza para evitar que la llama de la cultura, en la que se habían formado, prendida por la Institución Libre de Enseñanza y continuada por la Junta para Ampliación de Estudios, no se apagara definitivamente:

El silencio se intentó ahogar con una vuelta empeñosa en valores caducos, oropeles patrioter, altisonancia castelarina. Asistimos al florecimiento de la ranciedad, con su consiguiente olor a cadaverina, a descomposición. Esto duró bastante, no hay duda [...]. Pero volvamos a aquellos veinteañeros: todos pensamos en que había que poner todo en marcha otra vez. Hicimos cursillos aquí y allá; ninguno acabó de muerte natural, siempre hubo manos encargadas de anularlos. Buscamos a los viejos colegas por campos de concentración, cárceles, entidades de amparo en el extranjero... Total: en muy poco tiempo se volvió a hablar de una producción que salía de España, producción naturalmente modestísima, pero que enseñaba su anhelo de añudarse con la brillante situación anterior a la guerra. Y eso se hizo con hombres que les son familiares a todos ustedes: Julio Caro cayó en el campo de la Antropología y la Etnografía, [...]. Julián Marías muy prontito se destacó con sus ensayos, su Ortega y su Unamuno al hombro. Antonio Tovar volvió a poner en marcha los estudios clásicos, incorporándolos a la institución heredada del antiguo Centro de Estudios Históricos, y pronto tuvo su cátedra en Salamanca. Buero Vallejo recayó en el teatro, y Blas de Otero llenó con su voz un clima de poesía viva, que supo mirar a la realidad próxima. (Muy poco detrás vendrá José Hierro.) En el campo de lo filológico, tengo, y pido perdón, que colocarme. No estuve solo: María Josefa Canellada pudo llenar la ausencia de Navarro Tomás, en el maestro que nunca volvió a España. En la literatura, creo que nadie discutirá el valor que *Pascual Duarte* tuvo en estos momentos (Zamora Vicente 1997: 13-14)⁴.

⁴ Esa misma opinión la expresa parte de la crítica: “La *zurrada quinta* de Zamora, y Zamora en ella, han hecho posible una España más rica, más tolerante, más culta. Una España mejor. Pero no de buenas a primeras. Lo han hecho con esfuerzo y con no pocas privaciones. Y sí quisiera subrayar una idea que siento con mucha fuerza: Zamora pertenece a la última generación de maestros, de gente respetada por su trabajo, por su ejemplo” (Sanz Villanueva 2002: 98-99).

Muchos de aquellos hombres lucharon defendiendo el Gobierno de la República durante la guerra y, después de fuertes depuraciones, habían conseguido hacerse, silenciosamente, un pequeño hueco en la vida cultural del país, siempre y cuando no molestasen o se interpusieran en el camino o en los intereses de alguno de los vencedores que, conscientes en muchos casos de su inferioridad intelectual, recurrían a cualquier triquiñuela a fin de quitárselos de en medio. Para sobrevivir en tal ambiente –muchas veces hostil, ya que la marca de rojo comunista aparecía cuando menos se lo esperaban y se encontraban con la puerta en sus narices– debían acercarse a las nuevas posturas y aceptar situaciones que podían marcar la vida personal e intelectual de muchos de ellos. No debemos olvidar que el recorrido vital de una persona, en la gran mayoría de las ocasiones, se encuentra marcado por las circunstancias que lo rodean, y son esas circunstancias las que historiador e investigador debe tener en cuenta a la hora de estudiar la trayectoria vital y científica de esas personas. En aquellos años inmediatos a la guerra, para poder encontrar un espacio donde poder trabajar silenciosamente, era necesario ceder en muchas ocasiones, a fin de pasar lo más desapercibido posible.

3.1. El espíritu del Centro de Estudios Históricos y sus integrantes

En este grupo, y dentro del mundo de la Filología, se encontraba Dámaso Alonso⁵, quien, tras pasar por Valencia, que era donde se encontraba la cátedra que poseía, al poco tiempo regresó a Madrid. No le costó mucho esfuerzo a Dámaso acomodarse al nuevo régimen, aunque tuvo que pagar, al igual que todos, el peaje de la transición. Así se veía el propio Dámaso, en aquellos primeros años de la década de los cuarenta, en su famoso libro *Hijos de la ira*:

¿Oh, quitadme, alejadme esa pesadilla grotesca, esa broma soturna! / Sí, alejadme ese tristísimo pedagogo, más o menos ilustre, / ese ridículo y enlevitado señor, / subido sobre una tarima en la mañana de primavera, / con los dedos manchados de la más bella tiza, / ese monstruo, ese jayán pardo / vesánico estrujador de cerebros juveniles, / dedicado a atornillar purulentos fonemas / en las augustas frentes imperforables / de adolescentes poetas, posados ante él, como estorninos en los alambres del telégrafo / y en las mejillas en flor de dulces muchachitas con fragancia de narciso / como nubes rosadas / que leyerran a Pérez y Pérez (Alonso 1988: 80)⁶.

⁵ “Creo que el campo de la Filología, pese a la insustituible ausencia de Américo Castro, Tomás Navarro, Amado Alonso y otras notables figuras, fue tal vez el menos perjudicado por la diáspora que provocó nuestra guerra civil. Y ello por dos razones: la permanencia en España de unos maestros que optaron por dos riesgos: uno, el de sanciones más o menos encubiertas, y otro eventual, el de ser tildados de *colaboracionistas* por algún exiliado, víctimas por tanto de los dos fuegos. Y fue así como nuestra filología contó con el maestro de todos, don Ramón, y varios de sus más preclaros discípulos: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, S. Fernández Ramírez, S. Gili Gaya, etc.” (Lorenzo 1991: 30). Véase también Pallol Trigueros (2016: 285-299).

⁶ Amado Alonso escribe a Menéndez Pidal el 17 de junio de 1939 desde Buenos Aires preocupado por el destino de Dámaso, pidiéndole que le ayude en caso de que sea necesario: “Estoy seriamente preocupado por Dámaso Alonso. No he tenido la menor noticia de él desde que terminó la guerra. Mucho me temo que después de haber sido como prisionero de los unos, vaya también a ser perseguido por los otros. [...]. Yo le ruego que gaste un poco de su preciado tiempo en interesarse por Dámaso, por vía oficial. ¡Pensar que por consejo mío volvió Dámaso a Madrid desde su Leipzig en el mismo mes de la guerra! Luego le conseguí una cátedra en la Universidad de Tucumán, se pidió el permiso, para más seguridad, por

También Rafael Lapesa, que antes de la guerra había sido profesor de la Universidad de Madrid, fue considerado, en abril de 1940, por la Comisión Depuradora C de Madrid como “un hombre destacado entre los elementos izquierdistas” y “persona de confianza del llamado Gobierno de Negrín”, por lo que se propuso por unanimidad “el traslado fuera de la provincia, inhabilitación para cargos directivos de confianza y postergación de cinco años” (Abad 2005: 65)⁷. Se le relegó a profesor de instituto en Salamanca, en donde estuvo hasta 1947, en que pudo regresar a la universidad madrileña. En 1948, gracias a Américo Castro, le surgió la posibilidad de marchar a los Estados Unidos a impartir un curso en la Universidad de Princeton. Lapesa aceptó la oferta, pero dejó claro a su amigo Amado Alonso que su lugar estaba en España:

Con toda sinceridad contesto a su pregunta: no pienso quedarme en América. Mi proyecto es estar ahí hasta septiembre de 1949 todo lo más. Hace dos años, cuando todas las puertas se me cerraban aquí, pensé en marchar tal vez para siempre. Ahora tengo en la Universidad de Madrid un puesto que no quiero perder. Podré vivir con él, podré tener a mano libros y datos; además será donde pueda hacer una labor más útil: Dámaso necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes. Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos (Lapesa 1947)⁸.

Menéndez Pidal sabía de la importante labor que Rafael Lapesa estaba desarrollando dentro de la Universidad española para mantener en la filología el espíritu del Centro, y temía que su estancia en los Estados Unidos se alargara más de lo debido. “De Lapesa lamento que prolongue ahí su estancia porque no sabe usted lo necesitada que está la Facultad de Madrid de su presencia”, le escribe a Amado Alonso (Menéndez Pidal 1948). Esa insistencia también se la hacía llegar don Ramón al propio Lapesa. “Hoy hemos tenido una carta muy afectuosa de don Ramón, que nunca deja pasar una oportunidad de tirar de nosotros hacia España y siempre nos pone, escrita de su mano, alguna frase sobre lo excesivamente larga que es nuestra estancia aquí”, dice Lapesa a Amado Alonso (Lapesa 1948).

Otro que sufrió el silencio fue Samuel Gili Gaya, que antes de la guerra trabajaba en el CEH en el *Tesoro Lexicográfico* y daba clases en el Instituto-Escuela y que después fue enviado a un instituto de Torrelavega. Sin embargo, en 1947, el CSIC

la Embajada. La mala suerte de que en aquellos días habían firmado los intelectuales de Valencia una nueva adhesión [...]. De rebote, todo lo perdió Dámaso, porque Asúa, furioso, al pedir su permiso añadió una nota personal aconsejando que no se concediera, porque los profesores españoles no podían ser aquí buenos republicanos. El pobre Dámaso, tan católico y tan manso, ha estado durante todo este infierno de la guerra sospechado de derechismo y me temo que ahora resulte castigado por izquierdismo. Lo que haga usted por él, no sé cómo se lo pagará Dámaso, pero yo como si lo hiciera por mí” (Alonso 1939).

⁷ Sobre la depuración de Lapesa, dice Zamora Vicente: “Todas estas cualidades las vimos crecer y servirle de máximo soporte vital en los momentos amargos que, como a tantos otros, le tocaron tras lo que se llamaba la paz, cuando un ventarrón de ficticias purezas oficiales se derramó sobre la vida universitaria. Rafael Lapesa buscó el refugio pertinente: gravedad sin concesiones, aislamiento cálido en el trabajo callado y poco remunerador, confianza alegre en la página bien hecha” (Zamora Vicente 1988).

⁸ También recuerda Lapesa, en un homenaje que se hizo a Dámaso Alonso, cómo fue la labor de éste durante los años oscuros para recuperar la filología española: En 1947, cuando entré en ella [Universidad de Madrid] como catedrático, Dámaso había hecho ya el milagro de conseguir que la escuela filológica inaugurada por Menéndez Pidal continuara atrayendo adeptos tras la interrupción acarreada por la guerra; había logrado que pulularan aquellas tesis de dialectología que superaron el hiato de los años conflictivos, aunque algún malévolo las llamara tesis de “qué verde era mi valle”, título de una película famosa entonces (Lapesa 1991: 25).

se propone recuperar el proyecto del *Tesoro* y le llama para ello. Menéndez Pidal informa entusiasmado a Américo Castro sobre la reincorporación de Gili Gaya al Consejo. “Gili podrá hacer algo bueno. Al fin le han admitido en el trabajo del Consejo Superior y reanudará su Diccionario de Diccionarios. Iba a jubilarse antes de tiempo abrumado de su confinamiento en el Instituto de Torrelavega, cuando de pronto le incorporaron a Madrid” (Menéndez Pidal 1947).

Pero su traslado a Madrid no supuso la finalización de la obra, como esperaba don Ramón. El primer fascículo del *Tesoro* vio la luz en 1947 y los siguientes alcanzaron hasta el final de la letra E. No se continuó la empresa a consecuencia de una nueva preterición: Gili Gaya había solicitado una cátedra vacante en un instituto de Madrid, pero se vio pospuesto por otro candidato de menor antigüedad y no superiores méritos; y como en la propuesta tuvo papel decisivo la representación del Centro, don Samuel consideró cuestión de dignidad no seguir colaborando con él. Así se perdió la ocasión de completar un valioso corpus de la lexicografía española de los Siglos de Oro (Lapesa 1976:197-198).

También sufrieron el exilio interior Manuel Sanchis Guarner, que tuvo que purgar su apoyo al bando republicano en una cárcel –fue el único de los colaboradores del Centro que desempeñó un cargo dentro del ejército⁹–; Lorenzo Rodríguez-Castellano, que también fue colaborador del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI); Salvador Fernández Ramírez, o el propio Zamora Vicente, que si por su edad no ocupaba cargo alguno antes de la guerra, cuando finaliza sí sufre el aislamiento del nuevo régimen. El psiquiatra Carlos Castilla del Pino, en sus memorias, cita a alguno más que se encontraba en la misma situación:

Aquellos años eran aún de un franquismo duro, y, como en sus escritos, Lafuente parecía querer desvanecerse. Era una actitud que había observado en muchos de los vencidos, como Lapesa, Zamora Vicente, Duperier, García Valdeavellano y tantos más, nada dotados para el medro y el empujón, incapaces de acomodarse, y que permanecían donde menos se les notara, pero sin dejar de trabajar, reducidos al silencio como manera de sobrevivir tras la arrolladora aparición de los vencedores (Castillo del Pino 2004: 221).

3.1.1. Alonso Zamora Vicente y el Centro de Estudios Históricos

Como afirma Carlos Castillo en sus memorias, Alonso Zamora Vicente fue uno de aquellos que en los años oscuros del franquismo no dejó de trabajar, en silencio, tal y como sus maestros del Centro de Estudios Históricos y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central le habían enseñado. Llegó a las dependencias de la calle Medinaceli en los primeros años de la década de 1930 invitado por Tomás Navarro Tomás. Fue poco el tiempo que respiró el ambiente del Centro, la guerra, en 1936, acabó con él, pero su espíritu de trabajo y de compromiso con la filología quedó muy marcado el resto de su vida, y en los diferentes lugares en los que estuvo trato de recuperar, dentro de lo que las circunstancias se lo permitían, aquel espíritu, poner en marcha proyectos inspirados en él. Allí Zamora se empapó del positi-

⁹ “Enhorabuena muy expresiva” –le felicita Navarro Tomás– “por ascenso a capitán. Va a ser usted el militar de carrera más brillante entre los colaboradores del Centro” (Cortés 2002:104).

vismo histórico que tanto le sirvió en sus trabajos dialectológicos, aplicando el rigor científico, el análisis filológico y el conocimiento de las fuentes, con una prosa solvente y clara, sin ningún tipo de concesión a la retórica y a los lugares comunes. Sin embargo, a medida que el tiempo pasa, empiezan a convivir en Zamora Vicente el filólogo y el escritor, y uno y otro se van alimentando. Seguramente ese cambio se debió a la influencia de Américo Castro; Alonso Zamora siempre reconoció que fue Castro quien más en contribuyó a la hora de trabajar “yo he sentido siempre su falta –afirmaba–, cuando he trabajado, cuando he hecho algo, me ha faltado su voz, la de don Ramón no me bastaba, era de otro tipo” (Zamora Vicente 1951:64).

Antes de la guerra, entre los filólogos del Centro, fue Dámaso Alonso, otro de los profesores de Zamora Vicente, con sus estudios sobre las *Soledades* (Alonso 1927) o *La Lengua poética de Góngora* (Alonso 1935) quien primero pone en práctica esta variante de la filología, creada por Charles Bally y que permitía llegar al conocimiento último de la obra de un autor a partir de un estudio exhaustivo de la lengua que utilizaba y de su estilo. En el Instituto de Filología de Buenos Aires, que también dirigió Zamora Vicente, Amado Alonso profundizó en el estilismo con la Colección de Estudios Estilísticos, quizá fue él, como afirmaba Diego Catalán “quien incorporó a la filología española, de modo más consciente y decidido, esta nueva rama de la investigación” (Catalán 1974:103). Zamora Vicente la aplicó en su trabajo primero a los grandes autores del Siglo de Oro, sobre todo a Lope de Vega y a Tirso de Molina, para después hacerlo también a autores más cercanos en el tiempo como Galdós, Valle-Inclán o, incluso, contemporáneos como a su amigo Camilo José Cela.

Además de en sus trabajos filológicos, la huella del Centro de Estudios Históricos en Zamora Vicente está muy presente en muchos proyectos que llevó a cabo en las diferentes universidades o centros de investigación en los que estuvo. En esos lugares siempre procuró recuperar el estilo de hacer filología que había aprendido en las aulas de Medinaceli y de esta forma siempre puso en marcha actividades que estaban inspiradas en las que había vivido en el Centro. Así, cuando llegó a la Universidad de Santiago de Compostela, creó, junto a Adelardo Moralejo, que también había sido colaborador del Centro, unos cursos de enseñanza de español que, como no podía ser de otra forma, recuperaban la esencia de los viejos cursos que se daban desde 1912 en la Residencia de Estudiantes.

Tal vez fue durante su dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (en cuya creación los filólogos del Centro de Estudios Históricos estuvieron muy implicados), entre 1948 y 1952, cuando Zamora Vicente puso más en práctica las experiencias vividas en el Centro de Estudios Históricos (Pedrazuela 2002) y en la bibliografía hay que poner Mario Pedrazuela Fuentes, “Amado Alonso y Alonso Zamora Vicente al frente del Instituto de Filología” *Filología*, XXXIV-XXXV, Buenos Aires, 2002, pp. 199-2015 (A). Tras la marcha de Amado Alonso a la Universidad de Harvard en los Estados Unidos y quedar descabezado el Instituto, y a pesar de las dificultades, Zamora Vicente consigue mantener su identidad, reuniendo un grupo de jóvenes filólogos argentinos con los que relanzó la actividad del Instituto y sus publicaciones; sobre todo con la creación de la revista *Filología*, continuadora de la *Revista de Filología Hispánica* que, a su vez, lo era de la *Revista de Filología Española*, que se editaba en el Centro.

También en la Universidad de Salamanca, a pesar de que nunca consiguió adaptarse ni a la ciudad ni a la universidad (tanto una como otra estaban aún demasiado

impregnadas del ambiente franquista, no hay que olvidar que durante la guerra Salamanca fue una de las ciudades referentes del franquismo), Alonso Zamora trató de poner en marcha un proyecto inspirado en su experiencia en el Centro de Estudios Históricos (Pedrazuela 2002). Llega a Salamanca en 1946 como catedrático, y está allí hasta 1959, sin embargo su estancia en la ciudad charra no fue continuada, pues durante esos años marchó a Buenos Aires y también a otras ciudades europeas invitado por distintas universidades. En los años cincuenta, se propuso crear en la universidad salmantina un laboratorio de Fonética similar al que dirigía Tomás Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos. Para ello, y al igual que hizo su maestro cuarenta años atrás, visitó diferentes laboratorios europeos buscando los aparatos más modernos de la época. También escribió a don Tomás pidiéndole consejo. La dimisión de Antonio Tovar como rector de la universidad, que era su gran apoyo, hizo que el proyecto no fructificara, y fue una de las razones por la que Zamora Vicente, en 1959, abandonó su cátedra de Salamanca.

La desaparición de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos fue una gran pérdida para la filología española. Aquellos que habían conseguido situarla a la vanguardia de la europea con el estallido de la guerra civil tuvieron que exiliarse. Los que se quedaron, los más jóvenes, trataron de recuperar, en los duros años de la dictadura franquista, aquella forma de abordar el estudio de la lengua y la literatura que habían aprendido en las estancias de la calle Medinaceli, así como el espíritu de respeto al trabajo bien hecho.

4. Referencias bibliográficas

- Abad Nebot, Francisco (2005): “Adiciones al Diccionario de Lingüística de la Escuela Española y otras notas sobre la escuela pidaliana”. *EPOS: Revista de Filología* 20-21: 55-67.
- Alonso, Amado (1939): *Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal (Buenos Aires, 8 de marzo de 1939)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Alonso, Amado (1939): *Carta de Amado Alonso a Menéndez Pidal (17 de junio de 1939)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Alonso, Amado (1948): *Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal (Baltimore, 28 de noviembre de 1948)*. Madrid: Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.
- Alonso, Dámaso (1927): *Soledades de Góngora*. Madrid: Revista de Occidente.
- Alonso, Dámaso (1935): *La lengua poética de Góngora*. Madrid: Revista de Filología Española, Anejo XX.
- Alonso, Dámaso (1988): *Hijos de la ira*. Madrid: Castalia.
- Catalán, Diego (2001): *El archivo del romancero. Patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de historia*, vol I. Madrid: Archivo Ramón Menéndez Pidal.
- Catalán, Diego (1974): *Lingüística ibero-románica. Crítica retrospectiva*. Madrid: Gredos.
- Castilla del Pino, Carlos (2004): *Casa del olivo. Autobiografía (1949-2003)*. Barcelona: Tusquets.
- Cortés, Santi (2002): *Manuel Sanchis Guarner (1911-1981). Una vida per al diàleg. València / Barcelona: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana / Publicacions de l'Abadia de Montserrat.*

- Lapesa, Rafael (1947): *Carta de Rafael Lapesa a Amado Alonso (Madrid, 10 de diciembre de 1947)*. Madrid: Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.
- Lapesa, Rafael (1976): “Samuel Gili Gaya (1892-1976)”. *Boletín de la Real Academia Española (BRAE)* 56, 208:195-202.
- Lapesa, Rafael (1991): “Recuerdos de mi amistad con Dámaso Alonso”, in J. Sánchez Lobato (coord.), *Dámaso Alonso. In memoriam*, pp. 29-306. Madrid: Universidad Complutense.
- Lorenzo, Emilio (1991): “Dámaso Alonso (valiente, íntegro, generoso, esencialmente bueno)”, in J. Sánchez Lobato (coord.), *Dámaso Alonso. In memoriam*, pp. 29-306. Madrid: Universidad Complutense.
- Menéndez Pidal, Ramón (1937): *Carta que le escribió a Antonio García Solalinde y a su esposa, Jesusa (9 de marzo de 1937)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Menéndez Pidal, Ramón (1939): *Carta de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso (París, 18 de marzo de 1939)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Menéndez Pidal, Ramón (1939): *Carta de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso (Linares, Ribadesella, 18 de agosto de 1948)*. Madrid: Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.
- Menéndez Pidal, Ramón (1947): *Carta de Ramón Menéndez Pidal a Américo Castro (11 de marzo de 1939)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Pallol Trigueros, Rubén (2016): “Menéndez contra Menéndez. Represión y resistencia de los discípulos de Menéndez Pidal ante la ofensiva intelectual tradicionalista de posguerra en la Universidad española”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38, Núm. Esp.: 285-299.
- Pedrazuela Fuentes, Mario (2002): “Amado Alonso y Alonso Zamora Vicente al frente del Instituto de Filología”. *Filología* 34-35: 199-2015 (A).
- Sanz Villanueva, Santos (2002): “La generación de Alonso Zamora y su lugar en la literatura”, in *Al trasluz de un mago del idioma. Homenaje a Zamora Vicente*. Madrid: Universidad Antonio de Nebrija/Fundación Vodafone.
- Zamora Vicente, Alonso (1951): “Gramática histórica, tres de la tarde”. *Ancitia*, Número aniversario: 62-66.
- Zamora Vicente, Alonso (1988): “En los ochenta años de Rafael Lapesa”. *Boletín de la Real Academia Española (BRAE)*, vol. 68, 243:51.
- Zamora Vicente, Alonso (1997): “Camilo José Cela, cincuenta años después”. *Extramundi y los Papeles de Iria Flavia* 9: 9-36.